

**Un real al mes**

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

# LA CRONICA.

**Dos reales al mes**

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

## SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.



### ADVERTENCIAS.

Repartimos á todos nuestros suscritores á la *Biblioteca* el presente número de la *Crónica* para que formen una idea cabal de nuestro plan en esta publicación, y para que no carezcan de él los que por falta de tiempo no han podido aun avisar para que se les considere como suscritos, pues de las listas llegadas hasta hoy, inferimos que serán pocos, ó acaso ninguno, los que dejen de favorecernos. Los que quieran continuar recibiendo se servirán avisar, si ya no lo han hecho, en Madrid por conducto de los distribuidores y en provincia en casa de los comisionados, en la inteligencia de que el número 2.º no se enviará ya, sino á los que se hayan suscrito.

2.º Se ha repartido el tomo segundo y último de las *Obras de Moratin*, y ha empezado la impresion del *Gil Blas*; tambien han empezado á estamparse ya las 400 láminas ó grabados originales que hemos ofrecido para esta obra á los que gusten adquirirlas por el precio de 20 rs. En el Gabinete literario hay algunos pliegos de muestra, que darán una idea, al que guste verlos, de como será el completo de la obra. Para fines del corriente distribuiremos un nuevo prospecto de la *Biblioteca*, anunciando las mejoras que vamos á realizar, las obras que han de seguir y las ventajas que obtendrán nuestros suscritores constantes.

## LA DESDICHA EN EL FAVOR.

### I.

#### El convento.

Una noche de enero del año de 1630 despues de las once, dos hombres embozados en sus largas capas y con el sombrero calado hasta las cejas, se hallaban parados á la puerta del convento de las Huelgas de Burgos. El frio era intenso, y la luna se dejaba de vez en cuando ver al traves de oscuras nubes que tambien por intervalos despedian torrentes de agua. A favor de la claridad del astro de la noche, única que alumbraba la solitaria calle podian distinguirse confusamente las facciones de los dos misteriosos personajes yaunque no tanto que bastára para hacer de ellos un retrato fiel, lo suficiente para advertir que el uno, alto, seco y con cabello cano, podria tener ya sesenta años, cuando su compañero de pequeña estatura y sin poblar la barba, no contaría quizás ni veinte. El anciano

llevaba larga espada pendiente del cinturon, señal indudable de que pertenecía á la milicia ó la nobleza; el otro estaba desarmado y los dos mostraban impaciencia, efecto sin duda de que tardaban en abrir la puerta del convento donde repetidas veces habian llamado.

—Por Santiago mi patron! dijo el mas viejo tirando con violencia de la cadena de la campana, que las madres duermen como difuntas; si no temiese dar un escándalo ya habria traído una docena de mazas que echasen la puerta abajo.

—No estrañe vuestra merced, repuso el compañero con voz afeminada que no nos oigan; la hora es intempestiva y como no están acostumbradas á visitas de esta especie....

—Tampoco yo estoy acostumbrado á sufrir los rigores de la estacion en medio de las calles y llevo mas de media hora aquí con una noche de perros; yo! el duque de Med....

—Silencio, señor, que pueden oiros y no seria prudente....

—Teneis razon; el buen servicio de S. M. me impone la obligacion de ser discreto.... pero llamemos otra vez y llamemos sin cesar á ver si logramos que despierte alguien.

—Creo que no es necesario, continuó el joven, veo por las rendijas de la puerta atravesar una luz, y no puede ser sino la madre tornera que nos haya oído y venga á informarse de quien somos.

En efecto aun no habia acabado la frase el que hablaba, cuando una voz chillona y en la que desde luego se conocia el mal humor producido por una intempestiva interrupcion de sueño, preguntaba por una ventanilla que con su correspondiente celosia, daba sobre la puerta.

—¿Quién es? ¿Quién llama á estas horas? ¿Qué se ofrece?...

—Madre tornera, dijo el joven esforzando la voz; tenemos precision de hablar ahora mismo á la abadesa.

—Yo no soy la madre tornera, replicó la monja siempre de mal humor; la madre tornera está enferma y yo soy Sor Patrocinio de la Encarnacion, que la he sustituido nada mas que interinamente.

—Todo eso no nos importa un ardite, replicó el duque, (ya sabemos que era duque el mas anciano) lo que queremos es que avise Sor Patrocinio ó cualquiera, á la madre abadesa y la diga que deseamos hablarla.



—A estas horas es imposible y luego ¿quién son vuestras mercedes para venir con tanta pretensión?

—Quién somos lo diremos á la abadesa, á vos solo tenemos que pedir que en el desempeño de sus interinas funciones tenga la bondad de avisarla diciéndola que un pariente suyo quiere verla al punto.

—Un pariente! será vuestra merced por ventura....

—He dicho que no puedo deciros quien soy.

—Entiendo, entiendo; pero no extrañéis....

—Nada extraño, solo os ruego que os deis prisa.

—Voy, voy al punto... Un pariente! Antes que despertar á la madre abadesa, que ha de tardar en vestirse, me parece prudente que entren en el locutorio. La noche está muy fría y la calle húmeda y solitaria.

—Pocos minutos despues, la puerta se abrió dando paso á nuestros dos desconocidos. El mas jóven entró delante pero tan tapado el rostro con la capa y tan encasquetado el sombrero, que fueron inútiles las diligencias de la monja para verle la cara; el duque por el contrario sin recatarse se quitó el embozo y con aire desembarazado siguió á su compañero hasta el locutorio donde tomaron ambos asiento mientras que Sor Patrocicio fué á buscar á la abadesa.

—Estas monjas á todas horas tienen ganas de conversacion, dijo el anciano; si la damos tela nos tiene toda la noche á la puerta.

—Que quereis señor, las pobres viven encerradas entre cuatro paredes sin ver á nadie... sin...

Un profundo suspiro ahogó la frase, y ambos quedaron en el mayor silencio: mas de media hora habia pasado cuando se presentó la abadesa; al entrar en la sala quiso hacer una exclamacion, pero la contuvo una señal del duque; entonces despidió á la portera y cuando quedaron solos corrió á arrojarle en los brazos del anciano.

—Mi querido tío! dijo, ¿cómo habia yo de imaginar semejante dicha?

—En efecto no era de presumir que yo me hallase aqui ahora; pero así lo ha dispuesto el que puede mas que nosotros.

—Segun eso venis de parte del Rey?

—Así es; vengo á desempeñar un triste encargo. Entérate de esos papeles y cumple la orden de S. M. como yo la he cumplido.

El jóven que habia acompañado al duque y que permanecia inmóvil en la silla como absorto en profundas meditaciones, sacó el pañuelo para enjugarse una lágrima que corria por sus mejillas. La abadesa leia con la mayor ansiedad notándose por momentos crecer su agitacion. Por último volviéndose al duque le dijo: «Aqui hay un pliego cerrado en cuyo sobre se previene que no se abra sin una expresa orden del rey, ó hasta despues de su muerte, si antes la orden no ha venido. Cumpliré fielmente cuanto se me manda.»

—Nuestro buen monarca, dijo el anciano, cuenta con tu discrecion.

—Oh! puede estar seguro de ella.

—Así se lo he prometido yo.

—Y me direis ahora, tío, continuó la abadesa ¿donde se halla la persona que se me encarga guardar aqui entre estos muros?

El duque señaló á su compañero.

—No te asustes, le dijo á la sobrina viendo su extrañeza pintada en su rostro; es una muger, y una muger desgraciada.

—Ah si! muy desgraciada!! exclamó la jóven arrojando la capa y el sombrero que la disfrazaban y queriendo echarse á los pies de la abadesa que la recibió en sus brazos:

—No os aflijais, hijamia, la dijo esta, si el mundo ha sido ingrato con vos, aqui encontrareis una amiga sincera, y el consuelo que dá Dios á sus criaturas; Dios que es mas justo que los hombres.

Un sollozo fué toda la respuesta que pudo articular la jóven.

El duque enternecido de aquella escena, queriendo sin duda poner fin cuanto antes á una comision que le era tan violenta, se apresuró á despedirse. «A Dios, sobrina mia, dijo á la abadesa; escuso recomendarle á esta jóven porque te conozco bien y sé que á tu lado su cautiverio será dulce; por eso he inclinado el ánimo de S. M. para que te la confie. En cuanto á vos, señora, tened esperanza; acaso no está lejos el dia que os hagan justicia y podais volver al mundo á disfrutar de las delicias con que os convida vuestra hermosura y vuestra juventud. Quien sabe si en breve se abrirán estas puertas....

—Si se abrirán, señor, pero será para darme paso al sepulcro... Dios mio! Dios mio!... Concededme fuerzas!!... Y cayó desmayada en los brazos de la abadesa.

Despues de prodigarle los necesarios ausilios y cuando hubo vuelto en sí, el duque se retiró y la abadesa la condujo á una magnífica estancia adornada con un lujo propiamente régio.

—Esta es, dijo la abadesa, la celda que os destino.

—A mí, señora?... Es demasiado lujo para una infeliz prisionera.

—Esta es la habitacion, añadió la religiosa, que tenemos preparada para cuando viene al convento alguna persona real. En ella os han precedido doña Sol, doña Leonor de Castilla y otras infantas de Castilla y de Leon.

—Yo no soy ninguna infanta, no soy mas que....

—Sé muy bien quien sois, interrumpió la abadesa y sé que merecis ocupar este aposento. ¡Ojalá estuviese en mi mano el remedio de vuestras penas, como el deseo de dulcificarlas!

—Y yo, señora, os pagaré con una gratitud eterna tamañas bondades.

Las dos se separaron hasta el dia siguiente.



...y se cansa pronto de todo: las limosnas escasean y las necesidades crecen; pues a medida que y una buena noche.

Cuando María pudo solo reparó que el trabajo no de monedas de plata una por encargo de su...  
...de vivir de la caridad...  
...sin dar mas importancia...  
...de suyo tenía por el...  
...la siguiente empujó a...  
...notablemente le habían...  
...mas precisos. Cuabiertas...  
...ocurrió la idea de irse a...  
...pero una reflexión...  
...había dicho que aguar...  
...prudente andar de do...  
...haber por que pensaba...  
...corrido y pensaba tanto...  
...idea de no volver a...

...los cuales María está...  
...nada le faltaba, jamás...  
...ro junto y sin embargo...  
...en el corazón humano...  
...comprenderse...  
...ana recibió un billete...  
...muger de la vejez...  
...para algunos recados...  
...al punto y leyó lo que...

...ten solo y de la manera...  
...creo muchísimo por vues...  
...puedo proporcionaros...  
...atro, que os ponga al...  
...cállese los medios de...  
...vuestro brillante ta...  
...de habitación, alojós...  
...director de la compañía...



...dia y se cansa pronto de todo: las limosnas escasean y las necesidades crecen; pues a medida que y una buena noche.

...El movimiento de los...  
...empujó a salir de sus...  
...plos, sacó a María de una...  
...había caído; su imaginación...  
...cosa alegría de los trans...  
...ran con abundancia de...  
...na un corazón sensible...  
...ta, yo soy la única que...  
...acosta en Madrid sin...  
...infeliz ensayar alguna...  
...las fuerzas y la debilidad...  
...Tal era el triste estado...  
...pasar un suñuoso coche...  
...y como guiada por un...  
...no hubiera podido darse...  
...y con voz soporosa...  
...de hambre, una limosna...  
...bar y cayó desmayada...  
...La dentro del coche...  
...buen porte que inmediata...  
...apod y reconocido el...  
...se hallaba, la prohibió...  
...ta que volvió en sí; enton...  
...ruge la pregunta donde...  
...Alonía María, sin socorrer...  
...pasear, principalmente en las tardes lluviosas de invierno. No consistía solo en cantar la habilidad de María, así se llamaba la jóven, sino que tambien representaba, sobre todo las vísperas de las grandes solemnidades que á ejemplo de los teatros solia recitar algun auto ó loa análoga á la festividad que se celebraba. Así ganaba la vida María y así pasó desde la edad de diez años que quedó huérfana de padre y madre hasta la de diez y seis en que empieza este relato. Como sus necesidades eran pocas, pronto se veían satisfechas. Un refajo de bayeta en el invierno con un pañuelo de lo mismo; un zagalejo de indiana y pañuelo de yerbas en el verano, con un manto de muselina blanca para el calor y de estameña para el frio, he aquí su ajuar, debido en parte á la piedad de algunas señoras que la socorrian. María sin embargo pasaba sus apuros; el público se había acostumbrado á oirla y ya no la hacía caso, porque el público es vola-

1820.

...María recibió varias veces la lectura del billete...  
...II.  
...La pordiosera.

Cuando gobernaba la monarquía española, el buen rey Felipe IV, nieto y sucesor del segundo de su nombre, pero no heredero de sus talentos; andaba por las calles de Madrid una jóven que cantando romances ganaba escasamente para no morir de hambre; divirtiéndolo á los ociosos á quienes la falta de dos reales impedía acudir al corral de la Cruz á aplaudir alguna de las producciones del fecundo Lope de Vega, ó del inmortal Calderon que entonces empezaba á adquirir popularidad y renombre. El teatro donde nuestra heroína lucía sus habilidades, era por lo comun los portales de la plaza mayor, en aquella época mas concurridos que ahora, puesto que servían para

pasear, principalmente en las tardes lluviosas de invierno. No consistía solo en cantar la habilidad de María, así se llamaba la jóven, sino que tambien representaba, sobre todo las vísperas de las grandes solemnidades que á ejemplo de los teatros solia recitar algun auto ó loa análoga á la festividad que se celebraba. Así ganaba la vida María y así pasó desde la edad de diez años que quedó huérfana de padre y madre hasta la de diez y seis en que empieza este relato. Como sus necesidades eran pocas, pronto se veían satisfechas. Un refajo de bayeta en el invierno con un pañuelo de lo mismo; un zagalejo de indiana y pañuelo de yerbas en el verano, con un manto de muselina blanca para el calor y de estameña para el frio, he aquí su ajuar, debido en parte á la piedad de algunas señoras que la socorrian. María sin embargo pasaba sus apuros; el público se había acostumbrado á oirla y ya no la hacía caso, porque el público es vola-



ble y se cansa pronto de todo; las limosnas escaseaban y las necesidades crecían, pues á medida que tenía mas edad, causábale mayor vergüenza su traje desaliñado y á veces sucio y roto.

Una noche, víspera de navidad, se hallaba María á las once y media sentada con su guitarra frente á la puerta de san Isidro en la calle de Toledo, esperando que fuese la gente á la *misa del gallo*, para ver si cantando algun villancico alcanzaba lo bastante siquiera para no desfallecer de necesidad, pues por uno de esos contrastes que son tan comunes en la vida del desgraciado, ni un solo bocado de pan habia probado en aquel dia, en que mas que nunca ostenta Madrid su abasto de comestibles; ni un alma habia encontrado María que la escuchara ni socorriera; ocupado todo el mundo en hacer provisiones, los gritos de la abundancia habian ahogado la voz de la miseria.

El movimiento de los coches y de la gente que empezaba á salir de sus casas para acudir á los templos, sacó á María de una especie de letargo en que habia caído; su imaginación contemplaba la bulliciosa alegría de los transeúntes y las lágrimas corrían con abundancia de sus ojos, porque María tenía un corazón sensible. «Quizás, decía con amargura, yo soy la única que en tan solemne noche se acuesta en Madrid sin cenar.» En vano queria la infeliz ensayar alguna canción, el dolor le quitaba las fuerzas y la debilidad ahogaba su voz.

Tal era el triste estado de María cuando acertó á pasar un suntuoso coche; entonces maquinalmente y como guiada por un instinto de que ella misma no hubiera podido darse cuenta, corrió al carruaje, y con voz sobrenatural «Señor, exclamó, me muero de hambre, una limosna por Di....» No pudo acabar y cayó desmayada casi debajo de las ruedas.

Iba dentro del coche un caballero joven y de buen porte que inmediatamente mandó parar, se apeó y reconociendo el triste estado en que María se hallaba, la prodigó todo género de auxilios, hasta que volvió en sí; entonces metiéndola en el carruaje la preguntó donde vivia para conducirla. Atónita María, sin acertar á comprender lo mismo que estaba viendo, y aturrida aun por efecto de la caída y las emociones que la habian precedido, dió las señas de su miserable albergue, en la calle de la Paloma y se dejó conducir sin hablar palabra. Cuando llegaron á la puerta, bajó el primero su libertador y haciéndola descender quiso acompañarla hasta dentro; algo mas despejada, María se ruborizó con la idea de la pobreza de que iba á ser testigo, y le suplicó no se molestara, pues ya se sentía buena, añadiendo que solo deseaba saber el nombre de la persona á quien debía la vida. El caballero instó de nuevo, pero viendo que ella repugnaba, mandó al lacayo que la acompañase y le dijo: «No insisto por no causaros disgusto; quereis saber mi nombre y no puedo negaros esta demanda; me llamo Nuño, mañana sabreis el resto.» María le besó la mano, quiso arrodillarse; pero él no lo consintió, la obligó á que se apoyara en el brazo del

criado y la despidió deseándole su completo alivio y una buena noche.

Cuando María quedó sola reparó que el lacayo habia dejado un bolsillo lleno de monedas de plata y oro sobre la mesa, sin duda por encargo de su amo, y estuvo á punto de volverse loca de alegría. La costumbre que tenía María de vivir de la caridad pública le hacia mirar este rasgo de generosidad como una providencia, sin dar mas importancia á la limosna que la que de suyo tenía por el crecido valor; así, pues, al dia siguiente empezó á usar de la bolsa que tan generosamente le habian dado para proveerse de lo mas preciso. Cubiertas las primeras necesidades le ocurrió la idea de irse á vivir á otro parage mas cómodo; pero una reflexión la detuvo; su protector le habia dicho que aguardase al otro dia y no era prudente mudar de domicilio, porque María sin saber por qué pensaba en el joven que la habia socorrido y pensaba tanto que hasta le entristecía la idea de no volver á verle.

Tres dias se pasaron en los cuales María estuvo inquieta y desasosegada, nada le faltaba, jamás se habia visto con tanto dinero junto y sin embargo no era feliz. Hay secretos en el corazón humano que ni pueden esplicarse, ni comprenderse.

Al cuarto dia por la mañana recibió un billete cerrado por conducto de una muger de la vecindad de quien se habia servido para algunos recados desde que era rica; lo abrió al punto y leyó lo que sigue:

«Me he informado de quien sois y de la manera como ganais la vida; me intereso mucho por vuestra suerte y si os conviene puedo proporcionaros una plaza de dama en el teatro, que os ponga al abrigo de la miseria y os facilite los medios de adquirir renombre luciendo vuestro brillante talento. Si aceptais, mudad de habitacion, alojáos decentemente y el mismo director de la compañía irá á haceros las proposiciones.—

Nuño.

María repitió varias veces la lectura del billete sin acertar á comprender bien su contenido. Ella dama del teatro y solicitada por el mismo autor de la compañía!... esto era una felicidad superior á cuanto su imaginación hubiera podido idear nunca, porque María era una verdadera artista por inclinación y tenía grande apego á sus hábitos; María cantaba y representaba en las calles para ganar la vida; pero, preciso es decirlo, también lo hacia por inclinación. Una cosa le mortificaba en el contenido del billete; su protector no dejaba entrever intención ni proyecto alguno de verla. Sin embargo contestó al punto que estaba no solo conforme, sino gustosa en abrazar la nueva carrera con que se le brindaba y que en esto como en todo seguiría los consejos de quien tanto interés tomaba por su suerte. En seguida alquiló un cuarto en otra calle mas principal, lo amuebló decentemente,



se proveyó de ropa análoga á su nueva posición y esperó la visita del director del teatro. No se hizo este esperar mucho y fueron tales sus proposiciones que María no tuvo que hacer sino aceptar, costándole no poco trabajo disimular su excesiva alegría. Cerrado el ajuste, el empresario dejó á María el importe de un trimestre, cantidad suficiente para que ella se juzgase mas rica que una reina, y se despidió comunicándole que al día siguiente le enviaría el papel de la comedia en que debía presentarse por primera vez.

María se dedicó al estudio con una afición, con una constancia maravillosa, y fueron tales sus

progresos, gracias á las lecciones de Calderon de la Barca, autor de la pieza, que nadie dudó, en vista de los ensayos, de su completo triunfo. Llegó en fin el día deseado, todas las localidades estaban llenas, María se presenta y un aplauso general resuena en todos los ángulos; á cada palabra, á cada escena los aplausos y los bravos se repiten y María entusiasmada, perdido el miedo del primer momento, hizo prodigios.

Ocupada de sus triunfos no habia reparado en un jóven, que modestamente vestido y colocado entre bastidores, á veces seguía con los ojos todos sus movimientos y otras distraído y preocupado



parecía meditar algún proyecto. Este jóven era Nuño que disfrazado para no ser conocido, y sin perder de vista á su protegida, no habia querido presentarse á ella para no humillarla, hasta tenerla asegurada una posición brillante é independiente.

Cuando la función concluyó se dió á conocer, y

María creyó sucumbir al peso de tanta dicha en un mismo día; la pidió permiso para acompañarla, que ella le concedió graciosamente, y desde este día las relaciones de María y Nuño fueron mas íntimas, aunque cubiertas de un impenetrable misterio.

Una noche, porque de noche y á deshora era



cuando los dos amantes se veían, Nuño estaba triste y abatido como si le dominase una pena profunda. María quiso saber la causa y después de muchas instancias:

—Te pierdo para siempre, la dijo su amante.

—Cómo! exclamó ella; ¿me abandonas, te vas?

—Abandonarte! jamás! Es peor aun nuestra desgracia. El rey quiere verte, ha oído celebrar tu talento y como sabes su afición al teatro ha mandado disponer una función extraordinaria en el palacio del Buen Retiro con el solo objeto de oírte. Yo conozco al rey y sé bien las consecuencias de esta disposición. Tendrás que ser su querida y yo.... moriré de dolor.

—Que mal me conoces, Nuño, piensas que aun cuando el rey ponga á mis pies su corona podría yo olvidarte por él; á tí que me has arrancado de los brazos de la muerte, que me has sacado de la miseria para hacerme feliz?... Aprende á juzgarme.... ni el rey de Castilla que es poderoso, ni todos los reyes juntos podrán robarte mi amor. Está tranquilo y vive seguro de que el corazón de tu María solo late por tí.

—Lo sé bien; pero eso no basta, tu no conoces la corte, tu no sabes lo que es la voluntad del rey. Que importa que tu corazón sea mío; tendremos que renunciar el uno al otro, porque el rey aunque no te ame querrá ser solo y castigaria con la muerte al que supiese que había osado poner los ojos en tí. Nuestro amor es un secreto que es preciso que baje con nosotros á la tumba, porque si mis temores se realizan, entonces sería un crimen que nos haría pagar bien caro el caprichoso monarca.

—Yo creo que te alarmas sin motivo; ¿porqué has de suponer que en el hecho de verme el rey, se ha de enamorar de mí?

—Ah! no lo dudes; se enamorará; lo conozco bien.

—Pues entonces aun hay un medio; esa función no puede verificarse antes de dos ó tres días; tenemos tiempo para huir, vámonos á Francia y gozemos allí del placer de querernos sin que nadie turbe nuestra dicha.... ¿Callas? ¿no me contestas?

—Imposible; el mundo me acusaría de mil delitos, ignorante de la verdadera causa de mi huida; además perder mi posición, renunciar á las esperanzas de un porvenir que se anuncia bajo tan felices auspicios!...

—Es verdad, interrumpió María con amargura que hace dos meses imploraba la caridad pública por las calles! Yo soy una loca en imaginar.... Pero quién sabe! No sé por que presentimiento el porvenir que á tí tanto te alhaga á mí me estremece; ¿quién te ha dicho que esos honores, esas riquezas, esa gloria á que aspiras no podrán ser precursores de tu desgracia. La amistad de los reyes, Nuño es muy efímera y suponiendo que logres realizar tus proyectos, el favor te grangeará enemigos, la envidia te tenderá lazos y si logran derribarte la caída será terrible. Vuelve atrás el rostro, medita la suer-

te que ha cabido al duque de Lerma, á Rodrigo Calderon, al Duque de Uceda y á tantos otros que de capitados ó proscriptos han pagado con lágrimas de sangre su pasajera privanza.

—No temo nada; conozco al rey y á los que le rodean; solo temo perderte.... y ¿quién sabe? ¿No será mas seguro el éxito de mis planes si el rey se enamorara de tí?

—Ah! don Nuño exclamó María sollozando, todo lo comprendo ahora! La ambición os ciega, Dios permita que algun día no sea causa de vuestra ruina.

(La conclusion en el número inmediato).

## AZUL Y NEGRO.

—Una comida de fonda para todos los presentes, á que no adivináis lo que le acaba de suceder en Sevilla á nuestro amigo Pepe....

El que así se explicaba, era un joven como de 20 años, elegantemente vestido, que acababa de aproximarse á otros cuatro de su edad sentados alrededor de una mesa en el café de Venecia hace pocas noches.

—El diablo que lo adivine, contestó uno de los interpelados.

—Apuesto que algun gitano de Triana le ha *camelado* los cuartos, replicó otro que por su acento daba bien á conocer que era paisano de la Giralda.

—No es eso: dijo el recién llegado tomando una silla y sentándose entre sus amigos.

—Alguna aventura de amores; como si lo viera.

—Cerca le andas; pero una aventura de amores, es cosa muy vaga; adivinar qué clase de aventura y os convidó á la fonda... cuando pueda.

—¿Pero tu has tenido carta?

—Suya no; de Nicolás, el hijo de aquel comerciante... aquel que fué condiscípulo nuestro de matemáticas....

—Ya sé; ya se: ¿y qué dice? no seas pesado; cuenta lo que sepas si merece la pena, que yo tengo que hacer.

—Y yo, añadió el andaluz.

—El que tenga prisa que se vaya, dijo el de la anécdota; yo no cuento nada sino me convidáis, aunque sea á escote, á un vaso chico de agua de naranja del tiempo, que tengo la garganta seca y los bolsillos mas limpios que la camisa que me la he puesto hoy.

—Y nos querias convidar á la fonda si acertá-  
bamos!

—Es que ya sé yo que no acertáis; además que si hoy estoy *tronado*, pasado mañana me toca cobrar una onceja que me manda mi madre por extraordinario; hoy me envia la letra y un sermón de cuatro caras: pero como vi la letra antes que el sermón, no me ha parecido este tan largo como otras veces.



—Vamos á la aventura de Pepe y no divagar. Mozo! Un vaso chico de naranja del tiempo, dijo el sevillano con cierta gravedad cómica.

—Ola! ¿estás en grande? Si lo sé, hubiera pedido sorbete.

—¿Quieres contar lo de Pepe?

—Ya comienzo: pues señor, es el caso que Pepe segun noticias gusta mucho de las sevillanas.... y tiene razon.... si son tan monas!.. Pero entre todas las sevillanas se le antojó distinguir y favorecer con su amor... un amor como de Pepe... ¿á quien direis?... A la muger de un tintorero!...

—De un tintorero!!! exclamaron todos.

—Justamente; linda y graciosa como una Sílfide, segun dice la crónica. La tintorera se dejó llevar de esa elocuencia parlamentaria que sabeis tiene nuestro amigo, y despues de algunos melindres, consintió en recibirlo en su casa. Pero ó desdicha! el marido los sorprendió *in fraganti* y hombre forzado y de buenos puños, con todo el torrente de razon que tiene un marido en tales casos, coge á nuestro jóven cólega y me lo zambulle en una tina de azul de Prusia que tenia preparada para trabajar el dia siguiente. Hecha la operacion, le abrió la puerta y lo plantó en la calle.

—Pues no escapó tan mal, dijo uno del corro.

—Sin embargo, Pepe no habia podido, á la hora de salir el correo, quitarse el tinte azul impregnado perfectamente en el cutis, porque sin duda para este efecto lo tuvo un gran rato en remojo su antagonista, y el hecho es que ni podia menearse de casa, ni ver á nadie, ni pasear, ni....

—¿Sabes que es cosa formal? Sin duda hallará modo de limpiarse porque sino....

—Esa es la única esperanza que le ha impedido tirarse al Guadalquivir. Pepe pintado de azul! Buena facha estará!

—¿Pues sabes que si los maridos dan en esa gracia, no vamos á encontrar por Madrid mas que gente pintada?

—La idea es chistosa, que bueno hubiera sido que le hubiesen metido en una tina de jaspear papel!... hubiera parecido un lagarto.

—Si al cabo lo hubiera pintado de negro podría andar por las calles, que un negro no es un peregrino en Sevilla... Pero un hombre azul!...

—A propósito de negro, dijo el andaluz; me recordais una aventura que aun cuando no guarda analogia con la que acabamos de oir, no deja de tener gracia. Hace dos años, el verano anterior á venir yo á Madrid, estube en una partida de caza con otros dos amigos; el uno jóven, de mi edad poco mas ó menos y el otro hombre ya que rayaba en los 50, pero francote y campechano, siempre de buen humor y siempre listo, tratando de divertirse. Salimos por la tarde para quedarnos en una venta á dos leguas de la ciudad y estar á la madrugada en el campo de nuestras hazañas; pero no habiamos contado con la huésped: la venta estaba ocupada toda y no habia ni camas ni cena;

lo último era lo de menos porque llevábamos provisiones. La ventera me dijo que nos daría un colchon, el único de su cama, pero que era chico y solo podriamos acomodarnos en él dos muy malamente; me concerté con mi amigo para jugarle una chanzoneta al compañero machucho, y haciéndole creer que no faltaria acomodo, nos pusimos á cenar alegremente; se bebió bastante y al fin de la cena nos escurrimos mi amigo y yo, y nos apoderamos del colchon. D. Juan, que así se llamaba el otro, acometió á la ventera para que lo colocase en cualquiera parte, aunque fuese partiendo la cama con alguno de sus huéspedes; pero todas las camas estaban á dos individuos escepto un gergon que ocupaba un negro, criado de unos señores de Sevilla; nuestro compañero aceptó la mitad del gergon del negro, conformándose á la fuerza por no dormir sobre las piedras del portal. Cuando estubo bien dormido, provistos de polvos de corcho quemado fuimos á la cama y lo pintamos dejándolo hecho una sarten. A la mañana siguiente lo despertamos á grandes voces sin entrar en el aposento para que no conociese en nuestra risa que éramos los autores del chasco. Se levantó y nosotros observamos sus movimientos por el ojo de la llave; cuando estubo medio vestido se arrimó para ponerse la corbata á un mal espejo colgado en la pared. Este era el momento que nosotros deseábamos.» Qué bárbaros! exclamó viéndose tiznado; ¿pues no han despertado al negro?» Y viniendo á la puerta torció la llave y se volvió á la cama con la mayor tranquilidad. Viendo frustrado nuestro plan de reirnos á su costa, nos fuimos á la caceria, y á la hora de comer pareció como si tal cosa hubiese sucedido, disculpándose de su pereza.

—¿Sabes que fué chasco gracioso, y ocurrencia original?

Lo fué tanto que dió que reir para mucho tiempo en Sevilla.

—Pues yo tambien hé visto....

—Otro dia nos contarás lo que has visto que yó tengo que hacer.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Pues entonces se levanta la sesion.

PILADES.

### *Leyenda Flamenca.*

La historia que voy á referir se la he oido contar en el pais de Flandes á una linda jóven que se apoyaba dulcemente sobre mi brazo, una noche en la ribera del Escalda, rio caudaloso, sobre cuyas aguas reflejaba la luna como en un espejo. Allí estábamos solos sin mas testigos que las aves nocturnas que daban vueltas en el aire, sin otro ruido que el producido por las olas al alejarse de la orilla.



«Había allá bajo, dijo mi compañera, allí donde ahora se distingue esa casa que nos envía por intervalos los ecos de sus instrumentos de música y de sus gritos de alegría, un noble y vasto castillo, cuyo propietario había seguido á la Tierra Santa al emperador Balduino. Hacía ya algunos años que Begga pedía á Dios en sus oraciones que le hiciese conocer cual había sido el destino de su esposo; y lo pedía llorando, lo pedía al pie de los altares y lo pedía sin cesar, porque el pensamiento del regreso de su marido le daba alguna fuerza para alejar de sí otro pensamiento.... El de Yans, el sobrino del conde, que de page imberbe que era cuando este marchó, se había convertido en un joven y elegante caballero, el mas agraciado de los contornos para llevar el casco y la coraza. Cuando la condesa lo miraba mudaba él de color y siempre que la dirigía la palabra lo hacia con voz balbuciente y temblorosa: Begga por su parte perdía de día en día el sonrosado de sus mejillas y bastaba para comprender que un mal lento la acometía y que insensiblemente se aproximaba á los bordes del sepulcro.

«Una mañana, tristemente recostada en su sillón había la condesa mandado retirar á todas sus doncellas y la agitaban mil pensamientos que agravaban su padecimiento, cuando sintió pasos en la pieza inmediata; un frio glacial inundó su alma aumentando visiblemente con la presencia de un joven que entró en la estancia.

«El joven se detuvo, como si temiese avanzar mas y arrodillándose luego respetuosamente hi-



zo un ademán de despedida y se levantó para alejarse en silencio: «Yans!» exclamó la condesa

—«Si, señora, respondió aquel con una voz

mezclada de sollozos, Yans que parte también para la Tierra Santa; Quién sabe sin logrará descubrir la suerte que ha cabido al conde á quien llorais sin cesar!... ¡Quién sabe si logrará realizar también otro pensamiento!

—«Qué pensamiento, Yans! exclamó la condesa estremecida

—«El de morir, señora.

—«Morir! hablais de morir á vuestra edad!..

—«¿Y qué importa la vida á quien sufre el tormento de un mal incurable?

—«Hablad, oh! hablad! Yans, exclamó la condesa fuera de sí; hablad y que Dios os proteja»

«Y se cubría el rostro con sus manos calenturientas.

«Sin embargo él no habló y cuando llegó la noche los encontró el uno al lado del otro; la condesa llorando cubierto el rostro con su pañuelo y Yans á sus pies renovando el juramento de morir por ella

—«Partid, dijo al fin la condesa con voz agonizante: partid y Dios nos perdone! partid y ¡ojalá! que una vida de penitencia espie este día de triste felicidad. Partid, id á combatir á la Tierra Santa y no os acordeis de mí sino para pedir á Dios en vuestras oraciones que me juzgue segun su misericordia y no conforme á su justicia.

«El caballero Yans partió á la mañana siguiente, las doncellas de la condesa lloraban, no en el camino que conduce á la mar, sino al lado de un lecho fúnebre repitiendo: «La condesa ha muerto: Dios tenga piedad de nuestra buena señora»

Después quisieron enterrar el cuerpo inanimado trasladándolo á su capilla del castillo, pero un gran crucifijo de marfil apareció repentinamente en la puerta y con los brazos estendidos y voz aterradora dijo impidiendo el paso:

—El cuerpo de la condesa permanecerá en este lugar y su alma á las puertas del paraíso hasta que el caballero Yans haya recitado un *De Profundis* por ella.

«Pero ay! dias, meses, años y siglos pasaron y el cuerpo de la condesa no pudo sacarse del gabinete mortuario. Solamente una noche hubo una gran crecida en el Escalda y las aguas se llevaron el castillo y el cadáver de Begga.

«Los marineros dicen que en la noche de ciertos dias se vé errar por las olas una muger llorosa que estiene los brazos al cielo, pero al rayar la aurora se la vé de nuevo sumergirse en el fondo de las aguas.»

He aquí la historia que he oido contar en el país de Flandes, á una linda joven, que me la refería una noche apoyada dulcemente en mi brazo.

E. BERTHOUD.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.

Calle del Sordo núm. 11.